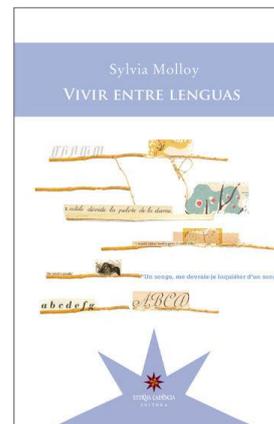


Sobre *Vivir entre lenguas*, de Sylvia Molloy

Ana Sofía Castellá
 Universidad de Buenos Aires
 anasofiacastella@gmail.com

Reseña de Molloy, Sylvia, *Vivir entre lenguas*, Buenos Aires: Eterna Cadencia, 2015. 80 pp.



La última publicación de Sylvia Molloy nos interpela como una nueva invitación a reflexionar sobre la identidad que se construye a partir de la lengua. De aquella que hablamos primero, de aquellas que adquirimos después, de la lengua que se aprende, de la que se usa, de la que se elige, de la lengua que se pierde, se reprime, se olvida y hasta de la que, de alguna forma, se recupera. Porque mientras que en la primera página del libro la adquisición de una segunda lengua se define como “otra manera de romper con lo seguro”, hacia el final acabamos por saber que para el sujeto plurilingüe, al menos para quien nos convoca en este caso, nada nunca es seguro. A lo largo de apenas ochenta páginas, la autora reflexiona con insistencia sobre este problema en una serie de relatos breves que recuperan episodios de su vida personal, de su historia familiar y de otros sujetos bilingües célebres, sobre todo escritores, con quienes se identifica o por quienes se confiesa atravesada. Estos apuntes del pensamiento no se alejan de las preocupaciones sobre la identidad que afrontaba el protagonista de su novela *El común olvido* (2002); ni de las conmovedoras reflexiones de la autora sobre la pérdida de memoria de una amiga con mal de Alzheimer en *Desarticulaciones* (2010), otra breve recopilación de textos no ficcionales. *Pensarse en términos de lengua* es ya una marca en la escritura y en la voz literaria de Molloy, es parte de su identidad.

Molloy nació en Buenos Aires, pero su familia paterna era inglesa y su familia materna había sido francesa. De niña asistió a un colegio inglés, luego realizó sus estudios en Francia y desde hace ya aproximadamente cuatro décadas reside en el exterior. Al igual que ella, Daniel, el personaje principal de aquella novela, es un académico argentino instalado en los Estados Unidos, que confiesa no estar seguro de poder identificarse con alguna de las dos nacionalidades que le ha tocado transitar. Vuelve a Argentina, al comienzo del libro, para reconstruir un pasado que le ha sido heredado pero no

compartido, la historia de su madre exiliada. En la memoria y biografía de sus personajes aparecen ya algunas cuestiones y anécdotas que se revelan en este nuevo libro como parte de la vida personal de la autora, como episodios de su propio pasado. Como Daniel, por ejemplo, Sylvia tampoco está segura de ser del todo la *english girl* que creía y reconoce no sentirse del todo de aquí, cuando vuelve a la Argentina.

Hay una tensión constante en las consideraciones de Molloy en cuanto a ser bilingüe a partir de *una lengua*. ¿Representa esta un lugar seguro o, en cambio, un permanente estado de ausencia y necesidad? ¿No está el sujeto, acaso, preso de un vaivén eterno? Pareciera que el bilingüe acaba por pagar el precio de necesitar, a pesar de todo, ir un paso más allá de su umbral y pisar tierra firme. La autora se pregunta, ¿no se percibe éste siempre como un impostor? En ese sentido, y en relación al lugar que ocupa el sujeto en tanto poseedor de más de una lengua, es interesante pensar el problema de la escritura y de la producción literaria. *Vivir entre lenguas* está compuesto por treinta y tres piezas que, incluso cuando la primera se llama “Infancia” y la última lleva “La lección” en su nombre, pueden no ser leídas linealmente. Sus títulos, además, varían entre el español, el inglés y el francés. En ese conjunto se forman series de sentido que nos involucran directamente en el problema mismo de su concepción.

Varias son las escenas de iniciación de escritura, propias y ajenas, que Molloy recupera en *Vivir entre lenguas*, y que permiten pensar la naturaleza de esta complejidad. Sin dudas, se pone en cuestión una toma de decisión: desde qué lengua posicionarse en cada circunstancia. Vale destacar que mientras que los libros de Molloy mencionados antes fueron originalmente escritos en español, parte de su obra crítica se publicó en inglés y leímos aquí su traducción. En “Punto de apoyo” vuelve sobre esto: “¿Por qué hablo de bilingüismo, de mi bilingüismo, desde un solo idioma y por qué he elegido hacerlo desde el español?”. Esta pregunta, y su consiguiente falta de respuesta, permite reparar en el diálogo establecido con uno de los autores cuya obra sirve de epígrafe a *Vivir entre lenguas*: Fabio Morábito. Nacido en Egipto, de padres italianos, Morábito vivió en México y adoptó para su vida el español. En este idioma escribió y publicó, en 2014, *El idioma materno*, otro conjunto de textos breves, de donde Molloy extrae la cita: “Solo podemos hablar porque nuestro idioma no está solo”. Hablar de bilingüismo desde el idioma materno y escribir sobre el idioma materno desde una lengua extranjera adoptada representan las dos caras de una moneda que nunca deja de girar en el aire. Ciertamente hay un misterio abierto en torno a las perplejidades de la lengua y a lo que los hablantes hacemos con ella (y ¿por qué no? lo que ella hace con nosotros). El sujeto plurilingüe se sitúa en ese umbral.

El libro hace eco también de lo inesperado: en medio de tanto *switching*,

advierde que no solo es posible adquirir un nuevo idioma, ser bilingüe, trilingüe, políglota. Su madre, dice, *se volvió monolingüe*. El proceso inverso resulta, también, una forma de ruptura que Molloy presenta, en contraposición a la imagen que ofrece de sí misma, como una versión más “lingüísticamente desamparada” del sujeto. Mientras que, tras la inmigración de la familia, su padre mantenía su condición de inglés y extendía el idioma a sus hijas; su madre “se había vuelto argentina”, perdiendo el francés. Para Molloy, aprender a hablarlo fue *una recuperación*, aquella que le devolvió, en nombre de su madre, el bilingüismo “que hubiera podido ser suyo”, pero que le fue negado. Y es que, en parte, en *Vivir entre lenguas* se piensa al sujeto hablante desde la posesión, por un lado, y la falta, por otro. Tener más de una lengua pareciera garantizar una riqueza que es propia de poseer diversas maneras de ver al mundo. La ausencia de esa posibilidad representaría, en cambio, una escasez indeseada. Otra forma de volverse monolingüe se da en la instancia material de la circulación de una obra, cosa que sucedió con otro (no tan) *english boy*, el famoso escritor inglés oriundo de la pampa, William H. Hudson. Es interesante cómo Molloy recupera su caso poniendo en evidencia un determinado modo de traducción (dado por aparentes decisiones de carácter político y editorial) y destacando cómo fue leída su obra hasta llegar a que se lo nacionalizara *escritor argentino*.

“La diferencia está en la escala: en cuanto hago una pausa en el vuelo y reflexiono –es decir, me pongo a escribir–, se esfuma la despreocupación lingüística”, apunta la autora en el apartado “Vuelo directo”. Y es que escribir es una forma de enfrentarse con su realidad, una forma de estar frente a frente con el vaivén de su conciencia y darle un punto de apoyo. Leerla también. La escritura de Sylvia Molloy siempre involucra al lector en una reflexión explícita que tiende a la desautomatización y el reconocimiento de uno mismo. Y ese camino se transita de una manera deliciosa, siguiendo la cadencia de su escritura, como escuchando su voz, entregándose a su pensar.